

convertir. (Todos menos Ramón, han llegado al fondo.)

JORGE ¡Está loco! ¡Loco! Vámonos.
P. RAMÓN Sí, estoy loco. A los que están locos se les deja. Dejadme, dejadme con los miserables, con los míos. Este no es vuestro sitio... Idos de aquí, gente... prudente...
(Aparecen en el fondo y abren paso cuando salen los otros cuyas últimas frases escuchan el Padre Juan, Marta y Francisca. Salen la Baronesa, la Presidenta, Sariol, Jorge y don Andrés.)

ESCENA IX

PADRE RAMÓN, PADRE JUAN, FRANCISCA y MARTA. Después MIGUEL

P. JUAN ¿Qué has hecho, Ramón?
P. RAMÓN Lo que debía. Ver que ellos son unos y otro yo; esperar amparo y hallar hipocresía. Enterarme de que si Cristo volviese a la tierra y fuese pobre, volverían a crucificarlo esos fariseos de nuevo cuño.
P. JUAN Y ahora, ¿qué vas a hacer?
P. RAMÓN ¿Qué voy a hacer? Lo que no han hecho los ricos lo haré yo. (Entra Miguel que queda en la puerta del fondo.) Miguel, hasta que encuentres trabajo no salgas de esta casa.
FRANCISCA ¡Santísima Virgen!
P. RAMÓN Y tú, Marta, no salgas tampoco.
FRANCISCA ¡Marta en casa!
MARTA ¿Yo?
P. RAMÓN ¡Quédate!

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del segundo

ESCENA PRIMERA

FRANCISCA y el PADRE JUAN

FRANCISCA Está dicho. No quiero seguir más en esta casa. No me da la gana de vivir con ella. Ahí la tiene, que se la guarde.
P. JUAN Piensa que eres madre.
FRANCISCA El es hijo. Se está quedando igual que un fideo; es propiamente una estampa de San Francisco; y con esos mareos que le dan el día que menos lo piense se queda muerto entre mis brazos.
P. JUAN Por esa misma razón no puedes dejarle.
FRANCISCA ¿He dicho en mis brazos? Pues quería decir en los de ella.
P. JUAN ¡No hables así!
FRANCISCA Hablo la verdad. Sólo encuentra bueno lo que le da ella.
P. JUAN Y lo que le das tú, ¿no lo encuentra bueno?
FRANCISCA También.
P. JUAN En tal caso ¿de qué te quejas?
FRANCISCA Me quejo de que no se queje él. Es muy paciente. Y tanta paciencia no es para el genio mío.
P. JUAN Eres buena; pero eres muy pesada, Fran-

- cisca. Tienes celos de todo. De un hijo no debe tenerlos una madre.
- FRANCISCA Yo no soy como tú, que eres de pasta florida. Gracias a que Miguel ha encontrado colocación, si no aun le tendríamos en casa.
- P. JUAN ¿No es agradecido?
- FRANCISCA ¡Agradecido! ¿Te figuras que viene por él?
- P. JUAN ¿Por quién si no?
- FRANCISCA Por Marta.
- P. JUAN No seas mal pensada.
- FRANCISCA Lo que han visto mis ojos....
- P. JUAN No hay como mirar con los ojos de la malicia para ver.
- FRANCISCA Y no hay como ser rector de montaña para no ver. He visto que se hablaban al oído, que se daban las manos y que se las tenían cogidas más tiempo del que tardas tú en decir una misa.
- P. JUAN Son jóvenes y son solteros.
- FRANCISCA Pero me parece que no le está bien a Ramón amparar en su casa noviazgos.
- P. JUAN Claro que no; si ello fuera verdad habría que advertirle. Pero yo no lo creo.
- FRANCISCA Tampoco lo cree él; tampoco lo ve él. Claro. ¿Cómo he de verlo si está ciego por ella?
- P. JUAN ¡Mira lo que dices, Francisca!
- FRANCISCA No hablo en mal sentido; pero te aseguro que está ciego por ella. Si no fuese porque es un cura juraría que está embrujado o que le han dado a beber alguna porquería.
- P. JUAN No digas disparates. La virtud de Ramón no admite embrujamientos de ninguna índole.
- FRANCISCA Ella es mala, créeme a mí, muy mala. Hoy no se peina y mañana se peina tres o cuatro veces; hoy reza y mañana no reza; cuando piensas que está más tranquila le da un accidente de esos que le hacen echar espuma por la boca. ¿Es de gente buena tener accidentes cada cinco minutos?
- P. JUAN ¡Vaya! ¡No hay quien pueda contigo! Di

- qué quieres que hagamos y no me obligues a ir más de la montaña aquí y de aquí a la montaña como si fuera una lanzadera.
- FRANCISCA ¿Qué vamos a hacer? Irnos.
- P. JUAN ¿Y si Ramón estuviese enfermo de cuidado?
- FRANCISCA Ya la tiene ella.
- P. JUAN ¡Y torna!... Por última vez vuelvo a recordarte que es tu hijo. (Entra por el fondo Jorge del Pozo.)

ESCENA II

Los mismos y JORGE DEL POZO

- JORGE Buenas tardes. ¿No está el padre Ramón?
- P. JUAN En su cuarto, rezando.
- JORGE Mejor. Necesito hablar con ustedes.
- P. JUAN Hable.
- JORGE Vengo a decirles—por eso me alegro de encontrarlos a ustedes solos—que la conducta del padre Ramón no puede continuar.
- P. JUAN ¿Qué conducta?
- JORGE La suya. Está dando mucho que hablar.
- P. JUAN ¡El!
- JORGE Sí, él. Su comportamiento pasa de extraño misterioso, por no calificarlo de otra manera.
- FRANCISCA (Al Padre Juan). ¿Ves lo que te decía yo, pazguato?
- JORGE Tiene deudas, deudas chicas; las peores, porque hacen gritar a muchos a la vez. Ni las deudas sabe tener con orden este padre Ramón.
- P. JUAN Si vive como un ermitaño.
- FRANCISCA El ama que tenemos en casa es quien lo gasta todo.
- JORGE ¿El ama? ¿No es usted?
- FRANCISCA ¡Quía, infeliz! El ama aquí es Marta.

- JORGE ¿Está segura de que es Marta quien le obliga endeudarse?
- FRANCISCA ¿Quién va a ser?
- P. JUAN Eso no es exacto. Pondría las manos en el fuego.
- FRANCISCA Te quemarías.
- P. JUAN Aunque me queme no lo creo.
- FRANCISCA Repito a usted que la culpa la tiene Marta. Es mala, ¡muy mala, don Jorge!
- JORGE Ya me maliciaba yo; y a eso vengo; a evitar el escándalo. Pecado oculto, pecado medio perdonado. Que haga lo que quiera pero que evite la publicidad. Más vale que tenga un delito *secreto* que una faltilla pública. ¿Por qué no hace como los otros?
- P. JUAN Ni él tiene faltas, ni causa mal a nadie, ni se lo ha causado a nadie en su vida.
- JORGE El vicio de las deudas es el que menos perdonan las gentes. Siendo ella culpable... Debemos arrancarle a las manos de esa perturbadora.
- FRANCISCA No podrá usted.
- JORGE ¿Por qué?
- FRANCISCA Porque ha echado raíces.
- JORGE Peores se han desarraigado.
- FRANCISCA Yo que soy su madre no puedo. Ignora usted que Marta...
- P. JUAN ¡Calla! De las cosas que no se saben ciertamente no se murmura; cuando se saben ciertamente se callan.
- FRANCISCA No sé nada, pero sospecho de ella.
- JORGE ¿Sospecha usted? ¿Qué? (Francisca hace ademán de contestar; el Padre Juan la interrumpe con el gesto.)
- FRANCISCA ¡No me dejan decirlo!
- P. JUAN Dilo inmediatamente. La insinuación del mal es peor que la misma calumnia. Si tú no lo dices, lo diré yo. Sospecha que Marta se halla en relaciones...
- JORGE ¿Con él?... ¡Con!...
- P. JUAN ¿Lo ve usted, pecador? ¿Ves tú, desgraciada ignorante, lo que es hablar a medias?

- Sea usted justo y no abrigue malos pensamientos. Sospecha que Marta está en relaciones con Miguel.
- JORGE Con aquel... obrero. ¿Y lo sufren ustedes?
- FRANCISCA Ya se lo prohibiría yo si me dejasen; pero tengo atadas las manos.
- P. JUAN Y la lengua suelta.
- FRANCISCA Y los pies. Por eso me quiero ir de esta casa. Yo no puedo aguantar ciertas cosas.
- JORGE Ni debe usted. Si las cosas que usted sospecha continúan, su obligación es marcharse de aquí.
- FRANCISCA ¿Oyes? (Al Padre Juan.)
- P. JUAN ¿Qué tiene obligación de dejar a su hijo?
- JORGE La religión es antes que su hijo.
- P. JUAN Un amor no excluye a otro.
- JORGE Cuando hay que sacrificar uno, se sacrifica el más peligroso. En esta ocasión el más peligroso es el de madre.
- P. JUAN No le entiendo.
- JORGE Fácil es entenderme.
- P. JUAN Quiero decir que no entiendo jota de esta religión de la ciudad y que ahora soy yo quien deseoirme.
- JORGE Ya he cumplido con mi deber. Subí para advertir a usted. Ahora voy donde aguardan el resultado de mi visita para tomar resoluciones. Buenas tardes. (Al salir Jorge por el fondo, entra Marta por la izquierda.)

ESCENA III

EL PADRE JUAN, FRANCISCA y MARTA. Al final MIGUEL

- MARTA ¿Quién era?
- FRANCISCA Alguien que ha venido a enterarnos de cosas que tú sabes.
- MARTA ¿Yo?
- FRANCISCA Sí, tú. No te hagas la inocente.
- MARTA Ni lo soy ni me lo hago.

FRANCISCA ¿Vas a probarnos que no conoces a Miguel?

MARTA Claro que le conozco.

P. JUAN ¡Francisca!

FRANCISCA ¿Vas a decirnos que no viene por ti?

MARTA Sí que viene. No tardará en llegar.

FRANCISCA ¿Te alegra que venga, eh? (Al padre Juan.)
¿Te convences?

P. JUAN No marees, Francisca.

MARTA ¡Qué mal me quiere usted y cuanto me atormenta!

FRANCISCA Más atormentas tú.

MARTA ¿Yo?... ¿A quién?

FRANCISCA A todos; porque tú tienes la culpa de todo; y si no, ¿a qué no cuentas lo que pasa? ¿A qué no nos dices lo que hay entre Miguel y tú? (Aparece Miguel en el fondo.)

MARTA Aquí lo tiene usted; pregúnteselo.

FRANCISCA No necesito preguntárselo.

P. JUAN Ven. Vente conmigo al comedor. Calma. No te sofoques.

FRANCISCA Sí, vamos; porque no podría contenerme. (Salen por la izquierda Francisca y el padre Juan.)

ESCENA IV

MARTA y MIGUEL

MIGUEL ¿Qué pasa?

MARTA Pasa que me asesinan a preguntas y a malos pensares, que no me dejan vivir, ¡que no puedo más!

MIGUEL ¿No habrá sido el padre Ramón?

MARTA El padre Ramón no ve nada; no quiere ver nada. Son la tía y los que vienen... y los que no vienen.

MIGUEL ¿Qué sospechan?

MARTA ¿Qué quieres que sospechen? La verdad. Los amores nuestros.

MIGUEL ¿Y eso te importa?

MARTA ¡No! No me importa de los que me criti-

can. Les tengo tanto desprecio como ellos a mí mala voluntad. Pero el padre Ramón es distinto. La bondad que tiene conmigo me infunde respeto.

MIGUEL ¿Qué cosa mala hemos hecho nosotros?

MARTA No hablarle con sinceridad. Nunca tuve secretos para él. Desde pequeña ha leído en mí como en un breviario. Ahora le oculto el fondo de mi pensamiento... y... no sé... Me parece que cometo una infamia no echándome a sus pies y diciéndole: «Ramón, yo y Miguel... nos queremos.»

MIGUEL Digámoselo.

MARTA Cuanto más días pasan más temor tengo de que lo sepa.

MIGUEL ¿Por qué? El padre Ramón es hombre que sabe hacerse cargo de las cosas. ¿Quieres que se lo diga yo?

MARTA No. Mira. Si supiera que había de parecerle mal, que iba a oponerse, puede que me atreviera. La bondad suya me acobarda.

MIGUEL ¿Te crees culpable por quererme?

MARTA No lo sé. No sabría decirlo. Sólo sé que necesito que me quieran; que busco el amor por el mundo y que desearía descansar de una vez para siempre encontrándolo.

MIGUEL ¿No has querido nunca?

MARTA He querido... pero muy de lejos...

MIGUEL ¿No eres mía?

MARTA Casi lo soy, y tengo fe en serlo del todo.

MIGUEL Y yo en que serás mi mujer tal y como necesito yo a la mujer. Una compañera que me siga... un modelo de cariño y de abnegación para mí y para los que piensan igual que yo; algo así como un ángel bienhechor para los desahuciados del rico. Mi amigo y el de mis amigos. La mujer que me acompañará a recoger lágrimas de otros, para hacerse con estas lágrimas... ¿qué diría yo? un collar de perlas.

MARTA Eso que hablas no es pensar en mí.

MIGUEL Porque pienso en ti lo hablo. Quiero con-

ducirte conmigo como a una imagen que me guíe y me fortalezca en las horas de lucha.

MARTA
MIGUEL

También te perderé.
¿Por qué has de perderme? No vamos a ir juntos, cogidos de la mano todos los días del vivir nuestro. ¿No sabes que yo trabajaré y escribiré y batallaré siempre con el pensamiento puesto en ti? ¿No sabes que consideraré a tu hijo como propio y lo educaré, te lo juro, como debe educarse a los hombres: bravo, amante de los otros, pronto si ello fuera preciso a morir por la fe; sí, por la fe, por nuestra fe. Yo haré de él criatura libre; libre con la más libre de las libertades, la que consiste en no ser esclavo de uno mismo.

MARTA

¡Háblame de mí! ¡Dime que me quieres a mí! ¡a mí sola! ¡Dilo! ¡Lo necesito! ¡Me hace gran falta convencerme!

MIGUEL

¿No sientes el amor tomo yo?

MARTA

¡Dime que me quieres más que a todos juntos!

MIGUEL

¡Chiquilla! ¡Si no te puedo querer más!

MARTA

No es eso, es que necesito ser sola; y tu pensamiento huye también allá... no sé dónde.

MIGUEL

¿Por qué dices también?

MARTA

Porque yo quería entregarme a ti con los brazos de par en par abiertos; entregarte el espíritu, la abnegación, el corazón, la esperanza, la fe, la virtud... ¡todo! Y cuando pretendo recoger tanto amor como doy, me encuentro con que el hombre querido me huye y se me escapa de los brazos. ¡Tampoco tú serás el hombre que soñaba yo!

MIGUEL

¿No tienes confianza en mí?

MARTA

Te creo porque me hace falta creer. Te seguiré porque te quiero y busco amparo. Deseo no estar sola. No vivir esta soledad en que vivo.

MIGUEL

¡Yo te adoro, Marta!

MARTA

¡Así!... ¡Háblame así!

MIGUEL

Te amo más que a nadie... Hasta morir.
(Cogiéndola una mano.)

MARTA

Hasta no morir que es más largo y da tiempo de arrepentirse. (Arrojándose en brazos de Miguel.)

ESCENA V

Dichos, el PADRE JUAN y FRANCISCA, por la izquierda

FRANCISCA

¡Ea! ¡Ya se ha cortejado bastante! ¿Os habéis dicho todo lo que os teníais que decir? (Al padre Juan.) ¿Has visto todo lo que habías de ver?

P. JUAN

Déjame en paz. Yo no he visto nada.

FRANCISCA

¿Querrás decir que has visto demasiado?

MIGUEL

¿Qué ha visto?

FRANCISCA

Vosotros lo diréis. Me parece que no estábais rezando.

MIGUEL

Señora Francisca, no tenemos que ocultarnos de nadie. Si nos hablamos y si nos queremos, derecho nos asiste.

FRANCISCA

También tengo yo derecho a deciros una cosa, y es esta: Puesto que Ramón no vigila su casa, yo la vigilaré.

MARTA

¡Tía!

FRANCISCA

Para vosotros no hay acción mala; todo lo arregláis con discursos que nos atontan a los ignorantes. Mira, yo no entenderé las tonterías que habláis vosotros; pero lo de apretaros las manos y lo de abrazaros, sí lo entiendo y de sobra. ¿Qué dices tú, Juan?

P. JUAN

Yo no digo nada.

FRANCISCA

En tal caso lo diré yo: ¿Así pagáis la caridad que se os hace? ¿Váis a convertir esta casa en reja de novios? No tenéis conocimiento ni prudencia.

MIGUEL

¡Señora Francisca!

P. JUAN

Cállate.

- FRANCISCA ¡No me da la gana!
- MIGUEL Estoy seguro de que cuando el padre Ramón lo sepa, no nos reprenderá; aprobará nuestra conducta.
- FRANCISCA ¡Capaz es! Porque ese no vive despierto; vive como encantado. De todos modos si lo aprueba él, yo no; porque yo vivo en este mundo y conozco a la gente, y lo que me falta de letra me sobra de malicia.
- MARTA ¿Qué mal hay en querernos?
- FRANCISCA ¡Quererse y buen provecho os haga! Yo me lavo las manos. Lo que os advierto es que Dños os castigará.
- P. JUAN ¡Francisca!
- FRANCISCA Sí, os castigará. Para los malos tiene que haber un castigo.
- MIGUEL (A Marta.) No hagas caso.
- FRANCISCA Sí, un castigo, ¡un castigo eterno!
- P. JUAN Francisca, te exaltas; no sabes lo que dices.
- FRANCISCA ¡Exaltarme yo! En esta casa soy la única que tiene juicio. Todos hablan aquí de hacer bien, y aquí no hay quien viva.
- MARTA Porque usted no quiere.
- FRANCISCA Porque soy franca y no paso por... porquerías.
- MARTA ¡Tía!
- FRANCISCA Digo la verdad.
- MIGUEL Cállése usted y no nos atormente más, que me hace perder la paciencia. Lo que es usted es una egoísta; tiene usted la bondad medida con rasero, ni mucha ni poca, no hace mal ni bien por pereza, y no es mala también por pereza; quiere de munición; y si no ha caído nunca en tentaciones es porque no ha sabido verlas.
- FRANCISCA ¡No tienes chispa de vergüenza!
- MIGUEL Prefiero no tener ninguna a tenerla tasada como usted.
- FRANCISCA ¿Oyes, Juan?
- P. JUAN ¡Demasiado! Quisiera no tener orejas. Ha-

- cedme el favor de callar. Os lo pido por todos los santos.
- FRANCISCA No quiero callar.
- MARTA ¡Miguel!
- FRANCISCA Sí, que te defienda tu Miguel.
- MARTA Es su obligación. Será mi hombre; me hará digna de él y protegerá a mi hijo como un padre.
- FRANCISCA Pero el hijo no será suyo.
- MIGUEL ¡Deslenguada!... Iba a decirle a usted mala mujer, pero ni tal nombre merece.
- P. JUAN ¿Dónde estamos, Señor?
- FRANCISCA ¿Dónde? En una casa que, pudiendo ser un cielo, acabará por condenarnos a todos sin que se escape uno. (Aparece el padre Ramón por la derecha.)

ESCENA VI

Dichos y el PADRE RAMÓN

- P. RAMÓN ¿Qué es esto? ¿Quién grita?
- FRANCISCA (Por Marta.) Ella te lo dirá.
- MARTA No tengo nada que decir.
- P. RAMÓN ¿Qué ha ocurrido?
- FRANCISCA Ha ocurrido, que Marta, esta Marta que tú colocas en un fanal, y ese Miguel, que colocas en otro, me han puesto como un trapo.
- MARTA Yo no he dicho nada.
- P. RAMÓN ¡Dios mío!
- FRANCISCA Te lo he avisado muchas veces. Todo inútil. Si tanto la quieres, te la guardas; yo... ¡yo me voy!
- P. RAMÓN ¿Dónde?
- FRANCISCA A la aldea.
- P. RAMÓN ¿Usted?
- FRANCISCA Yo. Me voy con tu tío y te dejo con esta buena pieza.
- MARTA ¡Tía, no me maltrate! ¡Aunque he apren-

- dido a tener paciencia, tanta, es ya mucha para mí!
- P. RAMÓN ¡Por mí, madre! ¡Por amor de Dios, Marta! Es preciso que sepáis sufrir y callar, y perdonar los defectos, y ser humildes, y mirar las faltas propias para disculpar las ajenas.
- FRANCISCA No prediques. Pierdes el tiempo.
- P. RAMÓN Dominaos; tengamos paz; ved que estáis matándome poco a poco.
- FRANCISCA Pues por eso me voy; para no darte más disgustos.
- P. RAMÓN ¡Madre! Usted no se irá.
- FRANCISCA ¡Que no! Ahora mismo. Hace días que te lo anuncio, y tú, venga predicar sin hacerme caso. Ha llegado la hora. Andando, Juan.
- P. RAMÓN ¿Tendrá usted valor de dejarme?
- FRANCISCA ¿No te queda ella?
- P. RAMÓN No. ¡Usted no se irá! (Al padre Juan.) Hago a usted responsable de sus acciones.
- P. JUAN ¿A mí? Por mí, quedémonos.
- FRANCISCA Con ella jamás.
- P. RAMÓN ¿En qué la estorba a usted?
- FRANCISCA ¡No me tires de la lengua!
- P. RAMÓN Hable usted.
- FRANCISCA Tendría mucho que decir. Prefiero marcharme. Para que veas que me marchó sin guardarte rencor, ¡abrázame! (Dirigiéndose a Ramón con los brazos abiertos.)
- P. RAMÓN (Abrazándola.) ¡Madre!
- FRANCISCA ¡Figúrate, cuando te dejo, si tendré motivo. Ya ves, hasta me han dicho que si no te dejaba me condenaría.
- P. RAMÓN ¿Quién se lo ha dicho a usted?
- FRANCISCA Quien lo sabe.
- P. RAMÓN No; no puede ser que haya criaturas tan perversas.
- FRANCISCA ¿Quieres que me quede? Me quedaré; con una condición. Echa a Marta.
- P. RAMÓN Nunca. Usted es mi madre. No me rebelaré contra usted jamás; pero nunca, ni por

- JORGE Al contrario. ¡Pero como la gente es tan murmuradora!...
- FRANCISCA Descuide usted. El único que puede saberlo es Ramón, y ya comprenderá que lo hemos hecho por su bien.
- JORGE No está para enterarse de cosa alguna el infeliz.
- FRANCISCA Sí, cuanto les veo hacer a ustedes, me dice que se va a morir pronto.
- JORGE ¡Quién sabe!... Sin embargo, esté prevenida. Las enfermedades del corazón...
- FRANCISCA ¡Mi hijo se morirá! ¡Le digo a usted que se morirá! (Dirigiéndose a la derecha.)
- JORGE ¿Dónde va usted?
- FRANCISCA ¡A verle, siempre que abro esa puerta, me parece que voy hallarle muerto!
- JORGE No vaya usted a asustarle con sus llores.
- FRANCISCA ¡Ay, mi pobre hijo se muere! ¡Hijo mío! ¡hijo mío! (Sale por la derecha.)
- JORGE ¡Bestias o no, siempre son madres! ¡Ea! (Atando los papeles que ha separado. Entra don Andrés por el fondo y Jorge guarda los papeles.)

ESCENA II

JORGE y DON ANDRÉS

- D. AND. ¡Salud! ¿Cómo andamos? ¿Cómo sigue el ilustre enfermo?
- JORGE Malísimo. Puede morir de un momento a otro.
- D. AND. ¡Qué pérdida! A mí me ha dado muchos sofocones; pero conocía su carácter y se los perdono. Créalo usted. Será una muerte muy sentida.
- JORGE Sí. Seremos muchos a llorarle.
- D. AND. ¡Sí seremos! ¡Ya verá usted, ya verá el entierro!... Yo, en cuanto doble la cabeza, te legarfiaré al distrito; van a venir comisio-

nes de todos los pueblos. ¡En mi distrito son así! En vida suya creo que nadie le ha leído; pero cuando haya muerto quedarán bien. Yo tampoco he leído sus libros nunca.

JORGE ¡Lo dice usted así, tan satisfecho!
D. AND. ¡Hombre! La política no me deja tiempo para leer. Por supuesto que al entierro irá el partido en masa. Todos los liberales progresivos hemos resuelto acudir en son de protesta.

JORGE ¿En protesta de qué?
D. AND. Hombre, en protesta. Nosotros siempre que tenemos ocasión de protestar, protestamos.

JORGE ¡Si él no era liberal!
D. AND. ¡Sí que lo era! Oiga usted, ¿deja algo?

JORGE Ni un céntimo.
D. AND. ¿Y quiere usted nada más liberal que morir con la caja vacía?

JORGE Eso no significa nada. Yo me tengo por muy católico y no ando en camino de amontonar billetes.

D. AND. Nosotros le consideramos del partido e iremos a su entierro en manifestación.

JORGE Allí nos encontraremos, y pronto, desgraciadamente. Si le repite el ataque de ayer podemos preparar la caja. (Entra por el fondo Sariol.)

ESCENA III

Dichos y SARIOL

SARIOL Buenas tardes. Esta casa está siempre abierta.

JORGE El padre Ramón dice que las casas de los curas siempre han de estar abiertas.

D. AND. No hay cuidado: no le robarán.

SARIOL ¿Cómo sigue?

JORGE Peor.

SARIOL Le traigo una noticia y creo que convenría prepararle antes de dársela.

JORGE ¿Es mala?

SARIOL Muy buena; sólo que podría impresionarle. Esta tarde manda el Obispo a su secretario en visita oficial. Ha sabido que está muy malo y quiere despedirse de él por de legación.

JORGE Nobilísima idea.

D. AND. La apruebo.

SARIOL Conviene preparar al enfermo. Una alegría puede acabar con él.

D. AND. Verdad. El pobre no está acostumbrado a tener alegrías.

JORGE ¡Aunque lo estuviera! Visitas oficiales de esta índole no caen a todas horas.

Y menos a la hora de la muerte.

JORGE Entremos a decirselo.

SARIOL (Que se ha acercado a la puerta derecha.) No hace falta; viene hacia acá.

D. AND. ¿Se ha levantado?

SARIOL Así parece. (Entra por la derecha el padre Ramón con un libro en la mano y acompañado por el padre Juan y Francisca, que le sostienen.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

no 1625 MONTERREY, MEXI

ESCENA IV

Dichos, PADRE RAMÓN, PADRE JUAN y FRANCISCA

SARIOL Así me gusta, padre Ramón. ¡Hay que andar un poquito!

D. AND. ¡Tiene usted mucha mejor cara!

P. RAMÓN No voy mal del todo, a Dios gracias.

FRANCISCA ¡Claro que va bien!

P. RAMÓN Sí voy bien... ¡Muy bien!

JORGE ¿Ha descansado usted?

P. RAMÓN Todavía no.

- P. JUAN Siéntate aquí. No sé cómo puedes estar en tu cuarto con tan poca luz.
- P. RAMÓN Para morir sobra. (Se sienta en un sillón.)
- P. JUAN ¡Quién habla de morir! Los médicos dicen que estás mejor.
- P. RAMÓN Los médicos hacen lo que pueden, pero no pueden mucho... Me hablan ustedes de la muerte como de una cosa temible. Háblenme sin miedo, a mí no me espanta, la aguardo.
- JORGE A quién ha de aguardar usted es a cierta persona que viene a hacerle una visita por todos conceptos agradable.
- P. RAMÓN (Animándose.) ¿Quién es? ¿Dígame usted quién es?
- D. AND. No se alarme usted. Viene para darle a usted valor, para saludarle.
- P. RAMÓN ¿Quién es?
- JORGE El Secretario de Su ilustrísima.
- P. RAMÓN (Con desaliento.) ¡Ah!
- D. AND. ¿No le complace la noticia?
- P. RAMÓN Mucho. En alguna ocasión no traté al señor Secretario con humildad. Le agradezco que me perdone.
- JORGE Viene de parte del señor Obispo. Es el señor Obispo quien le manda venir.
- P. RAMÓN Páguesele Dios.
- D. AND. Le hace a usted un honor muy grande.
- P. RAMÓN ¿Tan enfermo me cree?
- JORGE No, pero se interesa por la salud de usted.
- P. RAMÓN Venga cuando quiera a despedirme.
- P. JUAN ¿Ve usted lo que pasa con las visitas? Se impresiona...
- P. RAMÓN No lo crean ustedes. Del ahora no espero nada, todo lo espero del después. A no dejar en este mundo las lágrimas de los que me quieren me iría sin pena.
- SARIOL Vamos, no esté usted triste.
- P. RAMÓN Estoy triste por la tristeza de los otros y por mi tardanza en morir. Vivir ¡cuánto cuesta! ¡Cuánto cuesta morir también!
- FRANCISCA ¡No digas eso, hijo de mi alma!

- P. RAMÓN ¡Pobre madre! Hasta para morir tengo que disgustarla.
- FRANCISCA Me disgustas hablando así.
- D. AND. ¡Vamos! Eso no es nada. Una miaja de abatimiento. Vaya, ¡alégrese! Nosotros iremos a enterarnos de la hora en que el Secretario vendrá a verle.
- P. RAMÓN Si quiere hablarme, que no tarde mucho.
- D. AND. Volveremos todos a hacerle un poco de tertulia. Usted necesita distraerse.
- JORGE Venimos en seguida. No piense usted en nada.
- P. RAMÓN ¡Que no piense en nada y puedo morirme dentro de una hora!
- JORGE Quiero decir que no se preocupe, que no se entristezca.
- P. RAMÓN (A padre Juan.) ¿Ha oído usted? ¡Y se llaman cristianos! ¡Señor, Dios mío, cuánta inconciencia! (Salen por el fondo Jorge, don Andrés y Sariol. El padre Juan les acompaña.)

ESCENA V

PADRE RAMÓN y FRANCISCA

- P. RAMÓN ¿Se fueron ya?
- FRANCISCA Sí.
- P. RAMÓN Acérquese usted, quiero hablarle.
- FRANCISCA No te fatigues. Lo primero es que no te fatigues.
- P. RAMÓN Madre, escúcheme usted y no se aflija por lo que voy a decir. Crean lo que crean los médicos, yo siento una voz interior que me advierte que tardaré poco en morir.
- FRANCISCA ¡Hijo!
- P. RAMÓN Mi alma se prepara y me avisa. Dentro de poco se quedará usted sola en el mundo; en este mundo donde no he proporcionado a usted ninguna alegría. Los hombres que vi-

ven de esperar no están hechos para proporcionarlas; y yo espero, madre, espero dar a usted en la gloria lo que le ha faltado en la tierra.

FRANCISCA ¿Por qué te atormentas?

P. RAMÓN Porque quiero que me perdone usted. No he sido bastante hijo, la he amado a usted como una sombra de hijo; no he cumplido con sus deseos; no he sido nada en este mundo; siempre fui pobre; un pastor sin ovejas; un pobre sin ventura; un pobre... ¡muy pobre!

FRANCISCA ¿Qué importa eso, hijo mío?

P. RAMÓN Importa; porque la dejo a usted en medio de la vida, y la dejo anciana; le pido a usted perdón por dejarla como la dejo.

FRANCISCA ¡Yo! ¿Qué voy a perdonarte yo!

P. RAMÓN Que la haya hecho subir al Calvario conmigo, y que al estar en lo alto del monte la abandone desde mi cruz; que no me haya acordado de que no era yo solo a sufrir; que no la haya amado como debe ser amada una madre: a todas horas, en todos los momentos, con cada latido del corazón.

FRANCISCA ¡Demasiado me quieres!

P. RAMÓN El amor al prójimo ha robado mucho al amor de usted. He llorado tanto por los hombres, que no he tenido lágrimas para usted. ¡Déjeme llorar por usted el poco tiempo que me queda! (Se abraza a Francisca llorando.)

FRANCISCA ¡Hijo!

P. RAMÓN Ahora escuche. No la dejo dinero; ¡ni siquiera dinero la puedo a usted dejar! pero recoja usted mis papeles. Ellos, acaso ellos le den a usted para vivir...

FRANCISCA Aquellos papeles... (Señalando a la mesa.)

P. RAMÓN Todos son de usted. Son versos que se verán poesía para mantener a una madre.

FRANCISCA (¡Dios del cielo!... ¡Y el otro!... ¡Qué canalla!)

P. RAMÓN Madre, cuando yo muera, despídame de los

pobres, de aquellos que venían a casa; despídame de tantos desgraciados como hubiese querido socorrer y a quienes no he podido socorrer; de tantos como aguardan la muerte que no llega. ¡De todos! Y si un día la ve... Me muero y ya puedo decirlo. Si un día la ve... despídame usted de ella.

FRANCISCA ¿De Marta?

P. RAMÓN No la trate mal. ¡No me deje tan amargo recuerdo!

FRANCISCA No, hijo mío; si hubiese venido, la hubiera recibido bien.

P. RAMÓN ¿Por qué no la ha hecho usted venir?

FRANCISCA Ignoro dónde está.

P. RAMÓN ¿No sabe que estoy malo? ¿No sabe que me muero? ¿Qué será de Marta?

FRANCISCA ¡Si supiese dónde está, te juro que te la traería!

P. RAMÓN ¡Madre!

P. JUAN (Dentro.) ¡No puede entrar nadie!

P. RAMÓN (Esperanzado). ¿Quién es?

FRANCISCA Alguna visita,

P. RAMÓN ¡No!

FRANCISCA Alguno a quien Juan no permite la entrada.

P. RAMÓN ¡Es ella! ¡Es ella!

FRANCISCA ¡No delires, hijo de mi alma!

P. RAMÓN (Levantándose.) ¡Sea quien sea, que entre! ¡Quiero que entre, sea quien sea! ¡Que entre! (Francisca, que ha llegado al fondo, hace entrar a Marta, que viste de luto. Francisca y el Padre Juan salen por el fondo.)

ESCENA VI

PADRE RAMÓN y MARTA

MARTA ¡Ramón!

P. RAMÓN Marta... ¿Eres tú?

- MARTA Yo, que vengo a verte.
P. RAMÓN ¡Dios te lo pague! ¿Cómo has tardado tanto tiempo en venir?... (Cae medio desvanecido en el sillón.)
MARTA Perdóname...
P. RAMÓN Te esperaba... Te esperaba a cada minuto. ¡Qué alegría me das!
MARTA Venga para salvarte, para darte valor.
P. RAMÓN Llegas tarde. No importa. Bienvenida seas.
MARTA ¡Llego tarde!
P. RAMÓN Para darme consuelos, no. ¡Háblame! Temo dejar de oírte pronto.
MARTA Me has salvado tantas veces, que quisiera salvarte yo una.
P. RAMÓN Oye. Siéntate aquí, muy cerca, y háblame. Tengo sed de escuchar tu voz. ¿No supiste que estaba malo?
MARTA Lo temía.
P. RAMÓN ¿Por qué no has venido antes?
MARTA Por Miguel.
P. RAMÓN ¿Y él? ¿También es un ingrato?
MARTA No; te apreciaba como no apreció a nadie nunca.
P. RAMÓN ¿Por qué no viene entonces?
MARTA ¿No me ves de luto?
P. RAMÓN ¿Ha muerto?
MARTA Lo mataron.
P. RAMÓN ¡Dios mío!
MARTA Lo mataron. ¡A qué decirte cómo! No quiero cansarte con mis penas.
P. RAMÓN ¿Murió de muerte deshonrosa?
MARTA No. Lo mataron de un tiro cuando predicaba por el mundo, siendo misionero de los pobres.
P. RAMÓN (Con gran fervor.) ¡Dios santo! ¿qué cielo tienes guardado para los que son buenos y no creen?
MARTA ¡No sabes la vida que hemos llevado desde el día en que te dejé!
P. RAMÓN ¡Ya me la figuro!
MARTA ¡Cuánto hemos corrido perseguidos de una

- parte a otra!... El siempre adelante; yo siempre con el miedo de perderlo a él.
P. RAMÓN ¿De perderlo dices?
MARTA Cuanto más bueno era más le perdía; cuanto más cosas abarcaba su amor, más se alegraba de mis brazos.
P. RAMÓN Siempre ocurre así.
MARTA Llegó un instante en que ni siquiera me veía. ¡Tan ciego y tan alucinado estaba!
P. RAMÓN ¡Pobre Marta! Y Miguel, ¿qué hacía?
MARTA Defender a los caídos, ayudarles, conducirles a una felicidad que él soñaba. No sé lo que hacía. Lo que sé es que predicando amor para todos, una bala... de todos le hirió en medio del corazón.
P. RAMÓN El prójimo siempre hiere en el corazón. Yo me muero y a él le mataron.
MARTA ¡Ramón!
P. RAMÓN Y desde entonces, ¿qué ha sido de ti?
MARTA No reces. Soy digna de estar al lado tuyo. El recuerdo de tus consejos me ha defendido. Tu memoria me ha acompañado en todos los peligros. Cuando estaba a punto de caer me parecía que tú me dabas la mano y me levantabas. ¿Por qué no me la diste desde el primer momento?
P. RAMÓN Si te la hubiese dado casándome contigo, acaso no pudiera decirte «hasta luego» como te lo digo hoy. La vida es sólo un instante de estar juntos. Ahora tenemos la gloria para una eternidad.
MARTA ¿Me has amado?
P. RAMÓN Dios te lo dirá si rezas para que nos encontremos allí. Te he amado mucho, ¡mucho! A la hora de la muerte no puedo mentir a nadie, ni a mí propio; pero te he amado de una manera muy distinta a la que tú entiendes por amor.
MARTA ¡Quiero que vivas!
P. RAMÓN Y yo quiero que reces, que pidas a Dios para que nos abra las puertas del cielo. Encontraré más cielo en el cielo si vas tú a él.

MARTA Rezaré. Ramón, tú me ayudarás.
P. RAMÓN ¡Quién me ayudará a mí!
MARTA Yo. ¿No ves que traigo toda mi salud para dártela? ¿No la sientes entrar en ti?
P. RAMÓN (Como reviviendo.) ¡Sí!... Creo que respiro mejor.
MARTA Soy yo que te traigo mi juventud.
P. RAMÓN Debe ser verdad. Me parece que al lado tuyo aspiro aquella juventud perdida.
MARTA No me moveré nunca del lado tuyo. Rezaremos juntos; te ayudaré a sufrir; ya me he hecho a sufrir; esperaré en ti; pero por el cielo que esperas tú, ¡no me dejes sola! porque yo necesito de ti; porque te quiero; ¡porque no he querido a nadie más que a ti!..
P. RAMÓN ¡Dios mío! Si pecco de pensamiento ¡mátame!
MARTA No temas. Te amo con lo más puro que hay dentro de mi alma, con el alma toda que guardé para ti sin mancha. No; no seré la criatura de antes. Seré la mujer que tú anhelabas ver en mí. Ni aun mujer; una amiga... una hermana que espera.
P. RAMÓN ¿Y seguirás el buen camino?
MARTA Iré donde me lleves.
P. RAMÓN Pues viviré para salvarte. No te muevas de aquí (Se levanta del sillón donde vuelve a caer.) ¡Dame aire, Señor! ¡Aire del cielo! ¡Lo necesito para salvar una alma! (Entran por el fondo los que se indican en la escena séptima.)

ESCENA VII

PADRE RAMÓN, MARTA, FRANCISCA, PADRE JUAN, EL SECRETARIO DEL OBISPO, JORGE DEL POZO, SARIOL, DON ANDRÉS y dos PAJES.

JORGE (Entrando el primero y viendo a Francisca que sale por la primera izquierda con un quinqué encendido que dejará encima de la mesa.) Señora Francisca, el Secretario del Obispo está aquí con otros señores.
FRANCISCA ¡Que entren!
JORGE ¿Quién está con el padre Ramón?
FRANCISCA Marta.
JORGE ¿Aquella?... Convendría que saliera inmediatamente.
FRANCISCA ¡No es cosa de echarla! (Entran el Secretario del Obispo y los demás.)
SECRETARIA. Vamos a ver. ¿Dónde está el enfermo? No será ello tan grave. Es joven. La juventud todo lo resiste.
P. JUAN Eso le digo yo.
SECRETARIA. ¡Vaya!... ¡Vaya! Buenas tardes, padre Ramón.
P. RAMÓN (Con alegría.) Bien venidos.
SECRETARIA. Le veo muy acompañado.
JORGE (Al Secretario.) (Es Marta... aquella Marta...)
SECRETARIA. (Cambiando de tono.) Le veo más acompañado de lo que suponía y de lo que era de esperar. Como está usted en familia... digámoslo así; aunque traigo una misión honrosa no quisiera estorbarle. Si está usted para hablar, hablaremos; si no hablaré yo solo, pero creo conveniente que hablemos los dos; no diré solos, diré con toda confianza. Estos señores son amigos también.
FRANCISCA ¿Quieren que me vaya?
SECRETARIA. Usted es madre. Nada más justo que esté junto a su hijo.

- MARTA ¿Soy yo quien debo irme?
- P. RAMÓN (Sufriendo un ataque y entrando en la agonía.) No la echen.
- FRANCISCA Marta, no te muevas.
- SECRETA. Es hora de que su hijo de usted hable con su conciencia.
- P. RAMÓN No me mortifiquen. Moriré como debo.
- SECRETA. No digo lo contrario, pero rodearse de peligros en estos momentos, no lo aprobará quien le estime.
- FRANCISCA Si le quieren tanto, ¿a qué le mortifican?
- P. JUAN ¿Francisca!
- FRANCISCA No quiero callar ¡ea!... Todo eso lo dicen por Marta ¿verdad? Pues ahora soy yo quien la defiende. No se irá. Mi hijo la quiere, yo también la quiero y se queda. No es ningún pecado cuando se está enfermo rodearse de las personas que se quieren.
- JORGE Lo es.
- FRANCISCA Mayores pecados tiene usted en la conciencia.
- P. RAMÓN ¡Madre!
- FRANCISCA Déjame hablar, hijo. ¡Esta gente acabaría por matarle! ¡Vaya un modo de consolar!
- SECRETA. No venimos a molestarle y menos todavía a dar un escándalo. Creíamos tratar con un cristiano, con uno de los nuestros y nos hemos equivocado. Daré órdenes al padre Juan, le diré a él lo que tenía que decir al padre Ramón... y me retiraré... por segunda vez.
- FRANCISCA Sí, dígaselo usted a Juan que tiene más paciencia.
- SECRETA. Vámonos a otra habitación y que Nuestro Señor le ilumine. (Entran todos en el cuarto de Ramón, menos Francisca que sale por el fondo y Marta que queda a los pies de Ramón.)

ESCENA VIII

RAMÓN, MARTA. Al final FRANCISCA y el PADRE JUAN

- P. RAMÓN ¡Aire!... ¡Aire!... ¡Me ahogo!... ¡Me muero! ¡Jesús mío! ¡Marta! ¿Dónde estás?
- MARTA ¡Ramón!
- P. RAMÓN ¿Dónde se han ido?
- MARTA Ya están fuera.
- P. RAMÓN No; que aun los oigo. ¡Abre! ¡Abre las ventanas!...
- MARTA ¡Tendrás frío, Ramón!
- P. RAMÓN ¡Quiero tener frío! ¡Quiero morir! ¡Jesús mío, no me hagas esperar! ¡Llévame!
- MARTA ¡Vive para mí!
- P. RAMÓN ¡No puedo! ¡No puedo respirar! ¡Se me llevan el aire!
- MARTA ¡Vuelve en ti, por Dios!
- P. RAMÓN ¡Ya estoy mejor!... Ya pasa. ¡Jesús me mira, me mira y se apiada de mí! ¡Perdón por mis culpas! ¡Me arrepiento de todo! ¡Jesús mío, os entrego el corazón, las lágrimas, el alma, el amor... todo!
- MARTA ¡Ramón mío!
- P. RAMÓN Ora por mí. No me despiertes. (Dándole el libro.) Lee en la última hoja.
- MARTA No puedo leer... (Cae una flor seca del libro.) ¡Una flor seca! Es mi pasionaria. ¡Ramón!
- P. RAMÓN El calvario... El calvario concluye.
- MARTA ¡Socorro! ¡Tía! ¡Tío Juan!
- FRANCISCA (Entra.) ¿Qué?
- MARTA ¡Que se muere!
- FRANCISCA ¡Hijo! ¡Hijo! (Entra el padre Juan.)
- P. RAMÓN Madre... Te recomiendo a Marta... Marta, te recomiendo a mi madre... ¡Perdón!... ¡Perdón! (Muere.)
- FRANCISCA ¡Ha muerto! ¡Ha muerto! (Rompe en sollozos. Entran el Secretario, Jorge, Sariol y don Andrés.)

ESCENA IX

TODOS

SECRETAS. ¿Qué pasa?
FRANCISCA. ¡Mi hijo! ¡Muerto! ¡Muerto!
SECRETAS. ¡Muerto!... Apártese, Marta. Se lo pido por su memoria.
P. JUAN. (Levantando a Marta.) Ven conmigo. Los dos lloraremos por él, hija mía.
SECRETAS. Lloremos todos. Ha muerto uno de los nuestros. Era un santo y un gran poeta. (Todos se arrodillan y rezan.) Santa María, madre de Dios.

TELÓN

FIN DEL DRAMA

Obras de Joaquín Dicenta

El suicidio de Werther, drama en cuatro actos y en verso.

La mejor ley, drama en tres actos y en verso.

Los irresponsables, drama en tres actos y en verso.

Honra y vida, leyenda dramática en un acto y en verso

Luciano, drama en tres actos y en prosa.

El duque de Gandía, drama lírico en tres actos y un epílogo.

J an José, drama en tres actos y en prosa.

El señor Feudal, drama en tres actos y en prosa.

Curro Vargas, drama lírico en tres actos y en verso. (1)

La cortijera, drama lírico en tres actos y en verso. (1)

El tío Gervasio, monólogo en un acto y en prosa.

Raimundo Lulio, ópera en tres actos y un epílogo.

Aurora, drama en tres actos y en prosa.

De tren a tren, comedia en un acto y en prosa.

El Místico, drama en cuatro actos y en prosa, traducido del catalán.

Spoliarium, novelas cortas.

Tinta negra, artículos y cuentos.

(1) En colaboración con Manuel Paso.

BIBLIOTECA
TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21 - BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar	Magda
La Ola gigante	El Papá del Regimiento
El señor Conde de Luxemburgo	El Alcalde de Zalamea
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes	Los dos pilletes
El Sol de la Humanidad	D. Juan de Serrallonga
Zazá	El Rey Lear
Mujeres Vienesas	Espectros
Hamlet	Las Cigarras Hormigas
Giordano Bruno	El Registro de la Policía
El nido ajeno	El vergonzoso en Palacio
El Rey	La Fuerza de la Conciencia
Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV	Aurora
Los Miserables	Eva
La ladrona de niños	El Bufón
Los dioses de la mentira	El Cuchillo de Plata
Cristo contra Mahoma	Nick Carter
Juventud de Príncipe	La Cena de los Cardenales
Juan José	¡Justicia Humana! les
La sociedad ideal	El Señor Feudal
La cizaña	El veranillo de S. Martín
Entre ruinas	El desdén con el desdén
La vida es sueño	Cuento inmoral
Sabotage	Amor de amar
Pasa la ronda	La dama de las camelias
	La domadora de leones
	Los dos sargentos franceses
	El Místico

Seguirá la famosa comedia de Rojas Zorrilla

GARCÍA DEL CASTAÑAR



